

ID_GEN

Jóvenes portugueses, cuentan durante la jornada ID_Gen cómo viven el Evangelio en su vida diaria.



Violeta, cuando estuvo en Barcelona estudiando, convivió con dieciocho chicas de distintos países. Una de ellas era de Egipto, musulmana. Sus costumbres no siempre las entendían bien todos. Para Violeta amar quiere decir no sólo respetar sus costumbres: “era lo menos que podía hacer. Me acordé del Evangelio, cuando dice que hagamos a los demás lo que nos gustaría que nos hicieran a nosotros”. De esta manera, no deja sola a su amiga en algunas situaciones en lo que los

demás sí que lo hacen. Gestos que no se quedan aislados, sino que consiguen involucrar poco a poco, a dos, tres y más compañeros

A Tiago un sacerdote le invita a realizar un periodo de voluntariado con personas que viven en la calle. Al principio es muy difícil darles la maloliente mano, lavar los cubiertos que usan, limpiar los baños del centro donde poco a poco, empiezan a lavarse. También es esta ocasión el Evangelio viene en su ayuda: “En verdad os digo, cada vez que habéis hecho esto a uno de mis hermanos, a mí me lo habéis hecho”. Y no sólo mejora completamente la situación de estas personas, quienes encuentran de nuevo la dignidad, sino también Tiago, al final de cinco meses pasados con ellos, afirma: “Podía mirarles como a ‘profesores’ que me enseñaron a amar, a agrandar el corazón”.



Durante la jornada, los jóvenes siguen contando cómo viven el Evangelio y cómo aman, también cuando el dolor llama a la puerta. Como afirma Ana Filipa cuando cuenta la experiencia vivida con dos de sus hermanos aquejados de distrofia muscular. Una experiencia compartida con los demás jóvenes del Movimiento de los Focolares de su ciudad, hasta la muerte de uno de sus hermanos. Lo confirma Ricardo al confirmar la

veracidad de las palabras que pronunciara Chiara Lubich en el año 2000: “el más grande dolor, abrazado, deja el amor en el corazón”.